

Un cuento de George Steiner

Víctor Orozco*



George Steiner fue reconocido como uno de los mayores intelectos de las últimas décadas. Ensayista, crítico literario, filósofo, lingüista, políglota, dejó muy pocos campos del saber

sin cultivar. Habitante de las culturas europea y norteamericana a la vez, sin embargo, dijo en alguna ocasión, que la mejor literatura de hoy se produce en zonas de conflicto como Latinoamérica. Quizá, aventura, porque es en momentos de gran presión, de crisis, cuando el talento se proyecta y se arriesga. Uno de los tópicos que frecuenta es el de la violencia humana. (¿Puede haber de otra, en rigor?). Desde siempre, hay dos propuestas o vertientes por cuanto hace a la destrucción del otro. Primero, quienes piensan que el mal está en la naturaleza del hombre, viene del pecado original y, por tanto, el crimen, la crueldad, el ataque a la vida son inevitables. La otra idea propone que la violencia constituye

una anomalía que es eludible a través de sociedades mejor organizadas y leyes adecuadas. Hasta hoy –pensando sobre todo en la pasada centuria– parecería que, salvo los racionalistas y optimistas incurables, el resto se inclinaría decididamente por la primera de las hipótesis.

¿Cuántos orígenes se le han encontrado a la violencia? Pensemos en algunos: odios raciales, codicias económicas, fanatismos religiosos o políticos, rivalidades nacionales, afanes de dominio, revanchas de clase, explosiones de ira en los oprimidos, acciones patológicas de tiranos o dictadores, etcétera. Las peores de todas las violencias, desde luego, han sido las brotadas de las campañas sistemáticas, calculadas, de un poder estatal sobre poblaciones civiles. El 24 de abril se recordó el genocidio cometido por las tropas y paramilitares turcos en contra de la población armenia entre 1915 y 1918. El 29 de mayo se rememora el asesinato en masa de los comuneros parisinos por los llamados versalleses, soldados regulares del ejército francés que en tres días acabaron

Fecha de
recepción:
2021-03-15
Fecha de
aceptación:
2021-03-30

DO
SSI
ER

46

* Maestro Emérito de la UACJ y Miembro de la Academia Mexicana de la Historia.

con la vida de veinte mil militantes o simpatizantes del primer gobierno socialista –el asalto al cielo– en 1871. En los años noventa del siglo pasado se informaba que el régimen de Pol Pot en Camboya había enterrado vivas a cien mil personas. Las tropas coloniales de los países europeos y de los Estados Unidos han llevado a cabo incontables masacres y genocidios en los cinco continentes. Ni para qué hablar del holocausto, propiciado a la vez por la vesania de Hitler y por los odios o prejuicios raciales arraigados entre los pueblos germanos. ¿Y qué decir del mayor genocidio de la historia, cometido por el cristianísimo Leopoldo II, rey de Bélgica, y sus secuaces contra los pobladores del entonces llamado Congo Belga durante las últimas décadas del siglo XIX?

Y ¿dónde ubicar la violencia que ha asolado a México en estas décadas interminables? La respuesta usual es que se debe al narcotráfico. No se yerra del todo con tal afirmación, pero debe precisarse que, si bien el comercio de drogas prohibidas siempre ha generado ciertas dosis de violencia, la escala que esta ha alcanzado era inconcebible hace tres años. Tampoco eran imaginables sus devastadores efectos en ámbitos tan diversos como la economía, la cultura, el esparcimiento y la salud mental de la colectividad.

A principios del siglo, el foco mundial era ocupado por Colombia y en especial por la ciudad de Medellín. El último trienio lo ha desplazado México y Ciudad Juárez, sin que el flagelo

haya dejado libre al país sudamericano desde luego. Visitante cosmopolita de todos los países, George Steiner conoció Colombia y conoció México. No obstante, me sorprendió encontrar en medio de sus densos textos sobre el origen del lenguaje, las profundidades de la crítica y la historia de la literatura, un cuento sobre la violencia en Medellín, que involucra a personajes mexicanos y colombianos. Ubicada la narración en los inicios de la centuria, comienza por identificar a la ciudad como la más violenta del mundo, donde ninguna semana dejan de aparecer por lo menos treinta cadáveres, muchos de ellos mutilados o con señas de torturas. Luego, nos traslada a México, en donde se reúne un club de poetas, quienes enfrentados a lo que ellos finalmente estiman como inutilidad de sus vidas y sus quehaceres, deciden manejar hasta Medellín en una furgoneta –suponemos que es una vieja combi– para combatir la horrosa violencia con la poesía. Allí, el narrador da cuenta de diálogos entre capos y periodistas norteamericanos, entre policías iracundos y los ingenuos poetas, entre estos y un narcotraficante, quien les ordena hagan un poema para su compañero muerto.

Las palabras son espeluznantes:

...los carteles están al corriente de todo antes de que estos mamarrachos de Washington o de la oficina de Miami, o los de la brigada de estupefacientes de México y de Bogotá les hayan dado tiempo a pensarlo. Comprar a los agen-

tes es como robar a una hucha. No piden otra cosa. Desde el poli de la frontera hasta el más alto. Hasta los de la CIA que controlaban a Noriega, hasta la mujer del agregado militar de la embajada de Estados Unidos [...]. ¿Y de dónde saca usted que el Tío Sam quiere acabar con el narcotráfico? [...] Es usted un ingenuo, hijo, [...] los peces gordos de Washington, de Houston, de Miami se reúnen de manera habitual con los capos.

O bien:

...yo no toco la droga. No la he probado en mi vida... ¿Puede meterse esto en la mollera? Pero hay millones de personas que piden mierda a gritos. Se vuelven locos cuando les falta. Se prostituirán, harán el imbécil o matarán para tener su dosis. Me han contado que hay sesenta y cinco mil hectáreas dedicadas al cultivo de coca, que producen un beneficio de mil millones de dólares al año. Solo porque lo piden en América del Norte, en Europa. Si dejaran de comer mierda, nuestro horrible tráfico, como dice usted, se detendría. ¿Lo entiende, señor poeta?

¡Ah!, los inocentes anuncios de la tribu de poetas: “La poesía es la droga de la esperanza. Vengan con sus enamorados, con sus hijos. ¡Completamente gratis! Plaza municipal, a las cinco de la tarde”.

Steiner, miembro connotado de las élites intelectuales del mundo, desciende para describir con pelos y señales las atrocidades de las torturas,

las miserias del bajo mundo del narcotráfico, el lenguaje crudo y soez. Pero no solo capta en su cuento muchas otras tragedias y sinrazones: las de los campesinos obligados a sembrar coca, la lógica implacable de los capos y la angustia de muchos intelectuales colombianos o mexicanos –representados aquí por estos cuatro hombres y dos mujeres que hacen poesía– impotentes ante el desgajamiento y la caída de sus sociedades. Vilipendiados y humillados por el jefe policiaco, uno de ellos puede responder:

Dirá usted que los poemas son inútiles. Es su inutilidad lo que les dá su fuerza. [...] hay crisis humanas en las que solo puede ayudar lo que es totalmente inútil [...] ¿Qué esperamos lograr aquí? Recordarles a nuestros oyentes el sonido, e incluso el gusto del puro placer de la risa. Puede que lo logran con alguno de sus oyentes durante la segunda vez que se presentaron en la plaza para recitar el poema compuesto al narcotraficante muerto [...] antes del instante en que se escuchó el primer disparo de las ráfagas.

La conclusión del cuento es trágica. Representa el triunfo de la maldad o peor aún, de esa oscura masa de perversidades, escondrijos mentales, ambiciones malsanas de poder, que pueblan esto que se ha dado en llamar “el alma humana”. Podríamos quedarnos con tal panorama fatalista, si no consideramos que así como existen fuerzas sociales que empujan hacia el

precipicio, hay otras que tienden a desplegar las potencialidades colectivas e individuales hacia las grandes realizaciones en el arte, la técnica o la ciencia. Otros, antes que George Steiner, han observado cómo del fondo de las crisis emergen estos ímpetus, estos nuevos

protagonistas capaces de “sacar la casta”. Quizá sea el caso de los mexicanos y los colombianos en nuestro tiempo. Solo que vamos a necesitar algo más que la poesía. 



Antonio Ochoa. Mujer en rojo.

DO
SSI
ER